

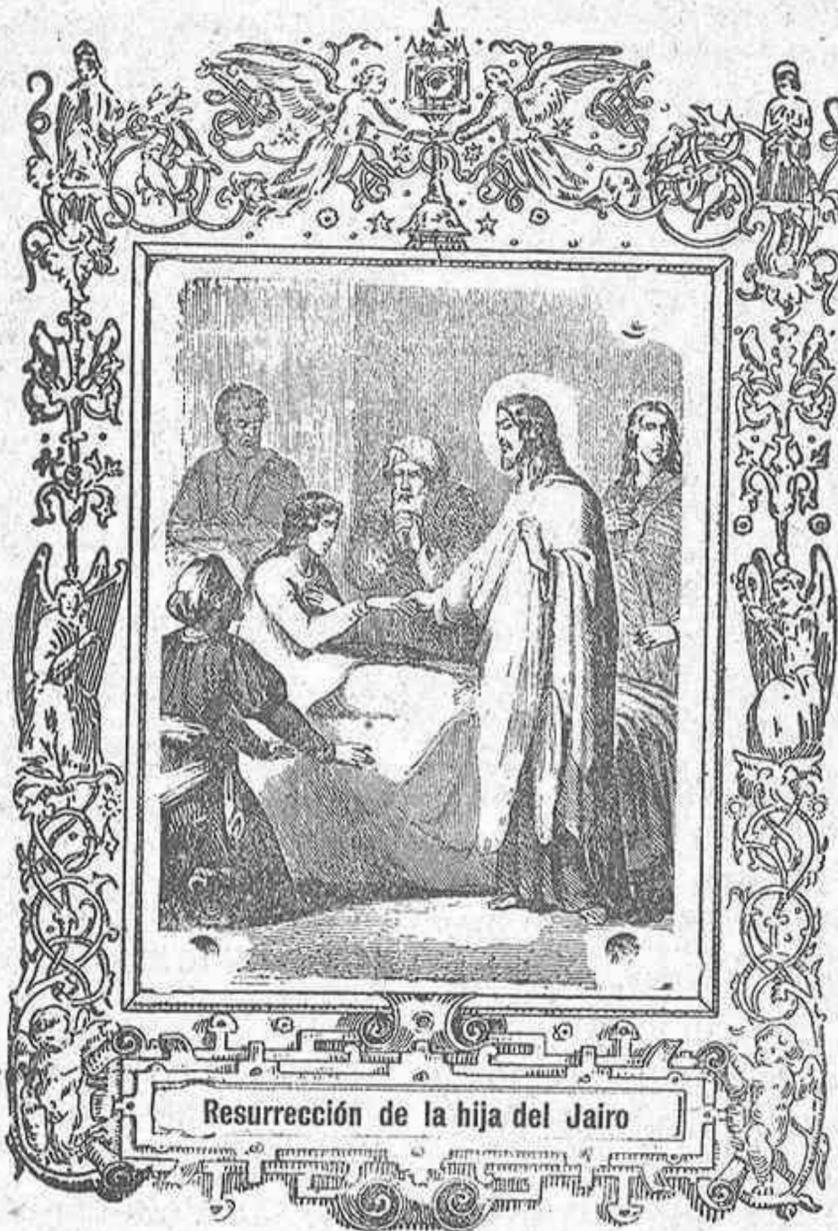
LA HOJA

PARROQUIAL



Domingo XXIII después de Pentecostés

**¿A qué viene esa ambición
y avaricia desmedida,
si es un instante tu vida,
y ése lleno de aflicción?**



Resurrección de la hija del Jairo

«Diciendo Jesús estas cosas a los discípulos de Juan, he aquí que un príncipe se llegó a él y le adoró, diciendo: Señor, ahora acaba de morir mi hija; mas ven, pon tu mano sobre ella, y vivirá. Y levantándose Jesús, le fué siguiendo con sus discípulos... Y cuando vino Jesús a la casa de aquel príncipe y vio a los tañedores de flautas y una tropa de gente que hacía ruido, dijo: Retiraos, pues la muchacha no está muerta, sino que duerme. Y se mofaban de él. Y cuando fué echada fuera la gente, entró y la tomó por la mano, y se levantó la muchacha. Y corrió esta fama por toda aquella tierra».

(Mat., IX, 18 26).
¡La muerte palabra que nos suele llenar de estupor, y que procuramos desechar de nuestro pensamiento. Y sin embargo, ella está acechando el momento de descargar sobre nosotros el golpe con su terrible güadaña, y le descargará cuando estemos más descuidados. «Está decretado que todos los hombres mueran una vez», dicen las Sagradas Letras. Y esto no pueden negarlo ni aun los más incrédulos, porque es cosa ates-

tiguada por la experiencia de todos los días.

Hemos de morir, no hay lugar a dudarlo; y una sola vez. La niña de este Evangelio murió dos veces; el poder de Cristo la volvió a la vida la primera vez que murió. Mas esto es un milagro, y no hay derecho a esperar que se obre con nosotros. ¿Hemos meditado alguna vez esto con seriedad, para estar seguros de que hemos de morir bien?

Y no podemos lisonjearnos de que hemos de llegar a viejos. Esta niña murió a los doce años, y en esa edad y antes de ella mueren muchísimos de los mortales. Pero aunque viviéramos cien años ¿qué es esto, comparado con la eternidad? Un brevísimo momento; menos que un abrir y cerrar de ojos.

¡Y pensar que tan preocupados andamos por esta vida momentánea!... Y que no nos vemos hartos de ambicionar honores, riquezas y vanidades... ¡Y que por más que le demos vueltas nunca hemos de encontrar sino asperezas y sinsabores, y sin embargo jamás nos convencemos de que sólo hemos de buscar la vida eterna!...

¿PUEDE UN CATÓLICO SER SOCIALISTA?

Esto me pregunta un hombre bueno que es católico; pero se siente inclinado a muchas ideas socialistas, y aun siente a veces ganas de ser socialista; sino que le detienen muchas cosas que ve en los socialistas, y desea ser socialista católico.

No puede un católico ser socialista.—No, amigo mío, no puede un católico ser socialista, porque el socialismo profesa teorías y sigue prácticas prohibidas por la Doctrina y moral católica. El socialismo es cierto que tiene razón en muchas cosas, y se queja con razón de muchos males y anhela con razón muchos remedios. Pero eso pasa a todas las doctrinas y a todos los sistemas, por heréticos y por inmorales que sean. Ninguno es del todo malo. Tampoco el socialismo es del todo malo. Pero al lado de lo bueno que defiende y busca, tiene mucho malo que también defiende y pretende. El socialismo bueno, el socialismo desmochado de lo malo que tiene, ya no sería socialismo, sería otra cosa; y eso sí sería lícito; pero el socialismo, a no ser que entendamos por socialismo una cosa diferente de lo que en todas partes son los socialistas, es malo y está prohibido: Véalo usted:

1.º **El socialismo es ateo.**—Los socialistas tienen este lema: «Ni Dios ni amo». Lema ateo, que profesan sus maestros y está en sus principales programas. Los que más conceden, miran esta cuestión con indiferencia y desdén, como una cuestión privada de cada uno. Pero no quieren la religión pública; el Estado debe ser ateo; el culto privado.

2.º **El socialismo no espera en la otra vida.**—No quiere sino el bien de esta vida, y se ríe del cielo y de la vida futura. El cielo lo pone aquí. Y toda la vida y destino y fin del hombre está, según él, acá en este mundo.

3.º **El socialismo niega la divinidad de Jesucristo.**—Y la verdad de sus doctrinas, las cuales en los Evangelios son del todo opuestas a las ideas socialistas. Jesucristo, para los socialistas (que no le conocen), es un gran hombre, y nada más.

4.º **El socialismo niega el derecho de propiedad privada.**—La cual, además de cosa clara en el derecho natural, está tan afirmada en las Sagradas Escrituras y en la doctrina católica, que se puede tener por herético el dogma socialista, que la niega.

5.º **El socialismo niega toda desigualdad de derechos y condiciones.**—En cambio, la razón y la revelación suponen y disponen, que obedezcan criados al amo, inferiores al superior, hijos a padres, esposas a maridos, y esto no por interés, sino en conciencia. Y manda a los superiores y a los ricos favorecer, socorrer y apoyar a los inferiores, a los pobres.

6.º **El socialismo pervierte y disuelve el matrimonio.**—Su dogma es el amor libre, sin vinculo ninguno. Y así borra la doctrina santísima del Sacramento del Matrimonio, la moral cristiana de la castidad, y aun el derecho natural del matrimonio y de la honestidad.

7.º **El socialismo trastorna todas las ideas católicas.**—Apenas hay ideas en el catecismo con las cuales no esté reñido el socialismo. El trastorna y pervierte todas las grandes nociones del Cristianismo y del Evangelio: la paciencia, la resignación, la templanza, la justicia, la misericordia, la caridad, la limosna, la oración, la obediencia, la sumisión, la humildad, la santidad, la autoridad, y todo el orden sobrenatural. Todo esto y más, todo el orden ascético cristiano lo pervierte, lo ridiculiza, lo destruye, de tal modo, que donde el socialismo pone su pie no nace yerba cristiana.

(Concluirá).

Decálogo del elector

1. Meditar seriamente sobre la responsabilidad del derecho de sufragio. (*Monseñor Freppel*).

2. No vender el voto, porque es vender el alma, la Patria y la Religión. (*Obispo de Vich*).

3. No abstenerse de votar, porque sería cometer un verdadero pecado de omisión. (*Cardenal Reig*).

4. Ir a las urnas con valentía y entusiasmo, como quien cumple un deber. (*Obispo de Tuy*).

5. Instruir a todos de que, ahora que «la política toca al altar», el problema de elecciones se ha hecho problema de conciencia. (*Pío XI*).

6. Prescindiendo de uniones habituales, favorecer al menos la unión accidental de los elementos de orden. (*Pío X*).

7. No votar a las minorías católicas que, separándose de las mayorías, sólo sirven para entorpecer el triunfo de éstas. (*Obispo de Vitoria*).

8. Persuadirse de que es deber gravísimo para los católicos dar el voto a candidatos dignos y negárselo a los indignos. (*Cardenal Segura*).

9. En el momento actual y en concreto son indignos los candidatos republicano-socialistas, cuyo ideario, expuesto en mítines, periódicos y proclamas, pugna abiertamente con las doctrinas de la Iglesia. No se les puede votar. (*Obispo de Vitoria*).

10. En el momento actual y en concreto son dignos los candidatos derechistas, únicos que ofrecen sólidas garantías de mantener la Religión y el orden. Se les debe votar. (*Obispo de Vitoria*).

Aspiración insensata

En urna de cristal aprisionado
 encontrábase un pez,
 y exclamaba con tono acongojado:
 —«No hay un ser más que yo desventurado
 del mundo en la infinita redondez».
 Y un niño que escuchaba su lamento,
 movido de piedad,
 la urna rompió; y el pez, sin su elemento
 la muerte halló al momento
 en la misma anhelada libertad.

Como el pez es el pueblo. Blando yugo
 lo he visto quebrantando con ardor,
 lo he visto cambiar padre por verdugo,
 menor mal por mayor.

El peregrino

En un hermoso castillo, del que hace ya largo tiempo no ha quedado piedra sobre piedra, vivía un opulento caballero, que empleaba enormes sumas en decorar su morada con gran magnificencia, sin acordarse jamás de los pobres indigentes. Ocurrió, pues, que un día se presentó a las puertas del castillo un peregrino pidiendo albergue para pasar la noche.

—¿Cómo, buen hombre, no habéis conocido que ésta es residencia señorial y no una venta o posada?— le contestó con descortesía el caballero.

—Está bien— observó el peregrino—; pero permitidme que os haga únicamente tres preguntas, y proseguiré mi marcha.

—Bajo tal condición—replicó el caballero—hacedlas en buena hora, que al punto quedarán satisfechas.

Aquél le interrogó entonces diciendo:

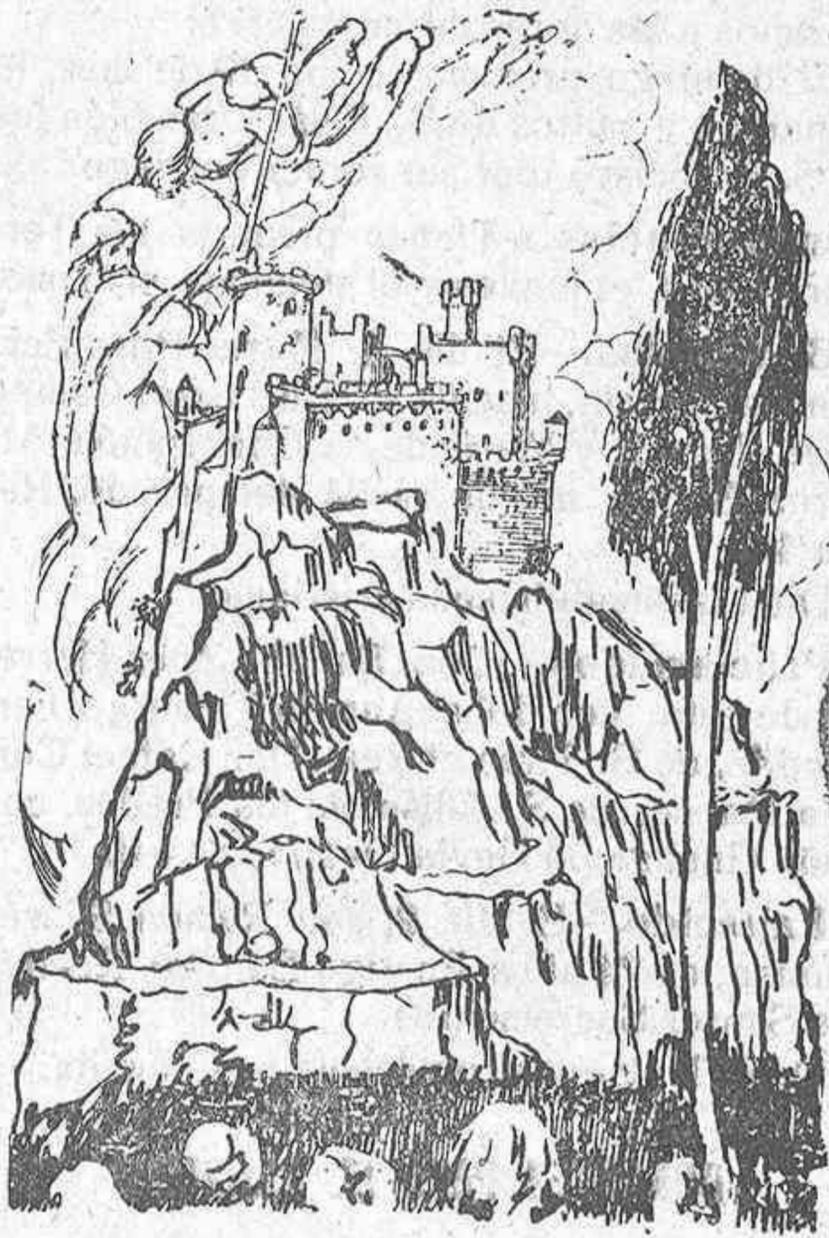
—Antes que viviérais vos en este castillo, ¿quién lo habitaba?

—Mi padre— replicó el castellano.

—¿Y antes?— insistió el peregrino

—Mi abuelo.

—Y quién le habitará después de vos?



—Mi hijo, Dios mediante.

—Pues bien—continuó el peregrino—; si cada cual mora en ese castillo un tiempo determinado, y fuerza es que abandone el puesto a otro, claro está que sois vos el huésped. Luego ese castillo no es en verdad más que una posada, y sois vos, por consiguiente, poco avisado al gastar tanto dinero en un edificio que no os hospedará sino muy poco tiempo. Haced bien a los pobres, y os labraréis una mansión eterna.

El caballero sintió el peso de estas razones, albergó al peregrino, y desde entonces se hizo caritativo y bueno. Las pompas de este mundo al fin perecen: sólo las buenas obras permanecen.

